

# EL IRIS.

SEMANARIO ENCICLOPÉDICO.

## Literatura.

### MOVIMIENTO DRAMÁTICO.

(ARTÍCULO 2.º) (1)

Con la muerte de Felipe IV empezaron á gangrenarse las antiguas heridas que aquejaban á la monarquía española: el astro brillante de la raza austriaca se envolvió en celages para inclinarse en el horizonte; y el drama nacional, que lucía con sus reflejos, apagó en la comun ruina sus gloriosos rayos. Para ceñir la pesada corona de dos mundos quedaba un niño imbécil confiado á la ignorante solicitud de la reina viuda; y el confesonario del P. Nitard era el consejo omnipotente de la monarquía. La administracion, resentida por faltas anteriores, acabó de relajarse; debilitáronse las fuerzas del estado, y la literatura protegida por el último rey llevó un golpe que destruyó su fuerza. Señaló su advenimiento la regencia con un decreto estravagante, en que, entre

otras medidas, dictaba la reina la siguiente disposicion: «Mando que las comedias cesen enteramente hasta que el rey mi hijo tenga edad bastante para gustar de ellas.» Cesaron en efecto: las tradiciones de la antigua escuela dramática se perdieron entretanto: el movimiento de rivalidad entre los teatros de Sevilla, Valencia y Madrid espiró en la paralización comun; buscaron otra senda de lucro ó de gloria los ingenios, y otra distraccion el público aficionado. Sucedió así que, al paso que se contaban en los tiempos de Felipe IV cuarenta compañías cómicas compuestas de cerca de mil personas, sin mencionar muchas de mas pequeña escala, y se habian levantado tantas salas y teatros que apenas se hallaba una ciudad ó villa que de unas ó de otros careciese, segun consta en el memorial dirigido al rey el año 1632 por el actor Cristobal Santiago Ortiz, no pudo reunir el gobierno mas de tres compañías dramáticas, y no buenas, para contribuir á la pompa y magnificencia con que celebró la corte el matrimonio de Carlos II con una princesa de Francia.

El drama pues agonizaba con la

(1). Véase el número anterior.

dinastia: representáronse comedias de poco valor, y llenas de defectos monstruosos: absurdas imitaciones de grandes modelos prostituian la escena de Calderon, cuando el autor de la *conquista de Méjico* trató de sostener el teatro vacilante. Con una imaginacion lucida pero poco profunda y variada, con unas formas agradables pero incorrectas, con un estilo puro pero monótono, Solís produjo piezas admirables para los tiempos de decadencia que alcanzó. *La gitanilla de Madrid*, *Un bobo hace ciento* son comedias que contienen muchas bellezas del gusto español mas puro, eclipsadas alguna vez por lunares y defectos hijos de la corrupcion general; pero entre todas descuella el *Amor al uso* por su escelente language, el artificio de su intriga y la pureza de sus formas.

Despues de la guerra de sucesion, con el advenimiento de Felipe V cerráronse las puertas del teatro nacional, y las imitaciones francesas, groseras y serviles bajo la pluma de miserables escritores, poblaron la escena abandonada, hasta el fin del siglo XVIII en que escribieron Zamora y Luzan, Cañizares y Jovellanos. Quédannos de Cañizares, entre otras comedias, el *Dómine Lucas* y el *Montañés en la corte*; y si bien no falta en ellas algun movimiento en la intriga, alguna viveza en el diálogo, ni cautivan por la belleza de su forma, ni sorprenden por el artificio de la fábula. El *Delin-*

*cuente honrado* dió en su tiempo alta reputacion á Jovellanos, y fué un adelanto indisputable en el estado de la literatura dramática: pero es una obra del talento, no un producto de la imaginacion: si no choca por sus defectos, no deslumbra tampoco por sus bellezas: es el resultado de la paciencia de un hombre instruido que elabora penosamente un drama, midiendo con el compas el interés y la longitud de las escenas; no es la creacion del ingenio que escribe arrebatado por su fantasía.

Lo único nacional que produjo el siglo pasado ha sido los sainetes de D. Ramon de la Cruz. Pero sin negarles el mérito que sin disputa les asiste, sin desconocer la gracia y ligereza del diálogo, el interés que frecuentemente los anima, y sobre todo su plebeya y brillante originalidad, necesario es conocer que poca influencia han tenido en el movimiento general de nuestra literatura dramática. No representan los sainetes las pasiones humanas en su espresion mas sensible, ni graban en relieve caracteres históricos ni tipos nacionales: pintan solo rasgos de costumbres del pueblo, exagerados con los equívocos y refranes de las clases mas bajas de la sociedad. Frecuentemente ocupan toda la fábula hábitos y dichos locales que solo en ciertos lugares pueden ser comprendidos, sin espresar nada para los que no han vivido en ellos; el círculo pues es estrecho casi siempre para influir

en la marcha general de la literatura. Cruz se ha elevado en algunos de sus sainetes á las rejiones de la alta comedia; su ingenio original y agudo derrama en sales picantes toques filosóficos que sorprenden al espectador y presentan, abultados, caracteres extravagantes pero posibles, dando un atractivo singular á la forma en que los envuelve.

Tales han sido los pobres frutos del último tercio del siglo XVII y de todo el siglo XVIII: á cada paso que dá el drama nacional para salir de su esclavitud, vuelve á caer en el polvo de la extravagancia ó en el lodazal estéril de la imitación francesa: multiplicábanse los ensayos para caminar por nuevos carriles, sin enriquecer el teatro antiguo con una sola pieza digna de figurar entre las producciones de los grandes ingenios que cercaron el dosel brillante de los austriacos. Ni era posible entonces escribir dramas nacionales. Inoculaba la casa de Borbon las ideas y costumbres francesas en la sociedad española, debilitando los hábitos tradicionales de las pasadas épocas, borrando el caracter orijinal de la nacion, contrariando sus antiguos instintos y sus inveteradas tendencias. En la corte y en las ciudades sobre todo, desaparecieron los tipos especiales, las costumbres españolas, quedando en su lugar una sociedad fraccionada y confusa, sin elementos propios, sin grandeza y sin poesia. Todo cuanto dió fuerza y vigor á la monarquía austriaca que-

dó proscrito por las leyes y desterrado por la nueva opinion que reinaba sin rival en el pais. Organizóse la administracion y arreglóse el ejército á la francesa, y á la francesa se quiso montar tambien la literatura. Las maravillosas creaciones de Calderon y de Lope se arrinconaron, como delirantes extravagancias de un gusto corrompido: el frio y monótono artificio de las comedias francesas fué el colmo de la concepcion dramática, el mas alto punto de la combinacion escénica. Las consecuencias fueron fatales para el teatro: copias é imitaciones, sin belleza y sin vigor, sin fuerza y sin poesia lo inundaron con insulsas fábulas, hasta que al acabar el siglo XVIII se levantó Moratin para restaurar la escena.

Durante los últimos años del pacífico reinado de Fernando VI, á la sombra del glorioso y benéfico trono de su sucesor, habíase formado una nueva sociedad que crecía cada vez en vigor y en preponderancia. El desarrollo de la agricultura, la estension del comercio, la proteccion de un gobierno ilustrado, las comunicaciones que se abrian al espíritu emprendedor de las clases activas, habian sido estímulos de organizacion para los encontrados elementos que la guerra de sucesion y el reinado de Felipe V habian amontonado sobre la nacion española, en lucha continúa y abierta con los restos de la sociedad austriaca. La paz, la prosperidad y el orden lo habian combinado y con-

ciliado todo: la civilizacion habia tomado otro camino, pero marchaba sin cesar. Los escándalos y desgracias del reinado de Carlos IV enervaron una situacion que tan favorable se presentaba al primer aspecto; pero la desmoralizacion que minó la vida de la sociedad fué ventajosa para el análisis y la observacion del poeta, poniendo en relieve las cualidades y los vicios de los individuos que la componian. Lanzado Moratin en el laberinto de la corte, en vez de buscar argumentos para sus dramas en el estudio de la antigüedad clásica, en la lectura de los poetas, en la servil imitacion de los autores franceses, achaque comun de los que en su tiempo escribian para el teatro, prefirió observar lo que veia y pintar lo que observaba. Examinando detenidamente las costumbres y los recursos del mundo que se presentaba á sus ojos, retrató en sus comedias tipos de admirable verdad, tales como eran en sí mismos, sin oscurecer sus lunares ni exagerar sus bellezas. No adornó, como Calderon, sus dramas con las eternas flores de una poesia inmortal, ni engalanó, como Lope, con maravilloso artificio el fondo de sus comedias: la mas pobre sencillez señala sus argumentos; el lenguaje mas natural es su lenguaje; el estilo mas llano es su estilo. Pero sin embargo, hay tal conocimiento del teatro en la intriga y duracion de las escenas; hay una pureza tal en el

idioma, y una armonia tan singular en la colocacion de los periodos, que toda la pobreza y sencillez de las piezas dramáticas de Moratin tienen encantos singulares para los oyentes, al paso que cautivan la atencion de los lectores. Sus comedias gustan mas mientras mas veces se ven, porque tienen un mérito que no habla á la fantasia, que no escita el entusiasmo, pero que resiste al examen y promueve la reflexion.

Y con todo no habia gran fecundidad de recursos escénicos, no habia imaginacion creadora en la cabeza de Moratin: el fondo de sus artificios se halla pronto agurado y su ingenio poco lozano y pomposo no puede cubrir con flores los defectos de sus fábulas. ¿En qué consiste pues la popularidad de que tan ámpliamente han gozado sus obras? ¿en qué consiste que ha habido siempre un público entusiasta de sus producciones? La razon es muy sencilla: asi como Calderon y Tirso, Rojas y Moreto pintaron, embelleciéndolo, el mundo que les rodeaba, asi como retrataron en sus admirables dramas la historia y las costumbres de la sociedad española de su siglo, asi en sus sencillísimas y prosáicas comedias estampó Moratin los personajes y las costumbres de la sociedad de su época.—Lejos, muy lejos se hallan entre sí, y sin embargo todos han sido populares porque todos han sido verdaderos: en las creaciones de Calderon y en las

producciones de Moratin aplaudia el público lo que comprendia y conocia de antemano: el primero retrató creando; el segundo copió lo que veía: aquel en su magnífica versificación y en la profunda filosofía de sus conceptos ha cimentado los títulos de su eterna fama: este, sin mas dotes que la exactitud de las copias, la pureza de las líneas y el tacto delicado del colorido, ha perdido su mayor mérito, porque los originales que reprodujo con maravillosa verdad han desaparecido de la sociedad española.

Para nosotros sin embargo no están perdidos del todo: quedan restos de aquella sociedad que naufragó en la guerra de la Independencia y que agoniza entre las incesantes convulsiones de nuestra época; pero esos tipos singulares vanse haciendo mas raros cada vez, y nuestros hijos los buscarán en vano. ¿Qué representa hoy la *Mogigata* de Moratin? ¿qué representará dentro de veinte años? Nada: apenas podrá comprenderse la intencion de su autor y parecerá exagerada su pintura: sin embargo en su tiempo era una verdad y el público con sus aplausos lo reconocia.—Moratin formó una escuela, la escuela del buen sentido, en contraposición al ridículo sentimentalismo de los melodramas franceses que iba ganando terreno en España. A Moratin siguieron con próspera ó adversa fortuna muchos ingenios, observando sus preceptos dramáticos y tomando con su ejem-

plo lecciones del arte teatral. Tras sus huellas vinieron Martinez de la Rosa, Gorostiza y Breton de los Herreros.

El punto de partida de estos tres poetas en sus piezas cómicas es el mismo. Reconociendo el principio asentado por Moratin, buscan sus inspiraciones en la sociedad que les rodea: ya retratando los caracteres que sobresalen para llamar la atención, ya presentando las costumbres para ridiculizarlas, la fuente de sus creaciones está siempre en el mundo de lo presente, en el mundo en que viven y que analizan. La intriga de sus comedias es en general mas artificiosa que la de Moratin, pero no tiene aquella sencillez que interesa por sí sola, aquella regularidad en el enredo de que resulta la claridad suma, la facilidad con que sigue la fábula el espectador. Ni hay tampoco el bellísimo lenguaje que encierra tanta dulzura y sonora pompa; aquel habla castellana tan castiza y pura que, exenta de rudeza y de arcaísmos, ostenta el idioma español en toda su pureza y lozanía.

No es este el lugar de analizar las comedias de estos autores: mucho tiempo y maduro examen pediria semejante taréa: sus nombres quedarán siempre rodeados de respeto, porque han cultivado un género donde han sobresalido, en que han alcanzado justos y merecidos lauros. Tal vez sea estrecha la senda que les plugo elegir; tal vez hubiera campeado con mas libertad su ingenio

en campo mas estenso: pero ellos han sostenido la desabuciada existencia del teatro, hasta que á la sombra de las alteraciones políticas, penetró de nuevo en España el gusto literario francés, invadió su escena nuestra escena, é inundaron los dramas románticos el foro de Calderon y de Moreto.

S. BERMUDEZ DE CASTRO.

AMENA LITERATURA.

LOS BANDOLEROS DE ANDALUCIA.

I.

Lo que voy á contar no es una novela, ni menos un cuento con detalles históricos: es una aventura, como tantas otras aventuras que por no haber sido publicadas no han sido nunca sabidas.

En marzo de 1828 tuve que hacer un viage á Córdoba á acompañar á mi hermano gravemente enfermo: su mal era una afeccion nerviosa que cedió pronto á la influencia de la estacion: pero los médicos le aconsejaron para completar la cura los baños de mar en Málaga ó en Cádiz. Aprestámonos pues, á mediados de junio á marchar: nuestros preparativos se acabaron pronto: mi hermano y su muger, una criada, un criado y yo componiamos toda la comitiva. Tomamos un coche de colleras y un mulo para llevar el exceso de equipage que no cabia en la zaga: nuestro camino no era el mas recto, porque teniamos que apartarnos un poco hácia la sierra á recoger en un pueblecillo una hermana de mi cuñada que nunca habia visto á Sevilla y Cádiz y suspiraba

por ver el mar, los teatros, las tertulias y todo lo que fastidia en las ciudades y aparece tan hechicero en la soledad de las aldeas.

Estaba mi hermano casado con la hija de un propietario de Aguilar que poseia ricos olivares y escelentes tierras de labor en todas las cercanias. Concha era una muchacha de lugar por la estrechez de sus ideas y la moderacion de sus gustos: nada habia visto y era muy jóven: tenia en aquella época diez y nueve años, ningun conocimiento de la vida, viveza y buen humor. Su cara era muy blanca con los ojos y el cabello perfectamente negros; su nariz aguileña y delicada daba un aire fino á su fisonomia; su boca era tal vez un poco grande, pero en cambio era marfil su dentadura: tenia una estatura regular, llena de carnes sin ser gruesa, muy buenas formas y gracia en su modo de andar. Las mujeres decian que era un poco pálida y los hombres que era muy linda. Mi hermano estaba enamorado de ella: ella amaba sinceramente á mi hermano, con lo que hacian un matrimonio feliz: ocho meses en Córdoba, cuatro en Aguilar al lado de los padres de Concha llenaban la existencia cómoda y descansada: los cuidados de la casa y la labor de mi hermano ocupaban el dia, y se pasaba la vida poco á poco sin grandes placeres, pero sin disgustos ni privaciones.

Salimos de Córdoba una mañana á las diez, con sol claro, con cielo sereno pero con un calor insoportable. Comimos en el campo, llegamos al pueblecillo por la noche, y al amanecer volvimos á emprender nuestro camino, con nuestra nueva compañera Antonia. Era el reverso de la medalla de mi cuñada: rubia, y con ojos azules pero con un color de salud que la cubria de grana á cada momento, era lo que se llama por el mundo una guapa muchacha fresca y lozana, deseando casarse á toda prisa y sin novio que la quisiese. Yo iba entre las dos en el fondo del coche que sobre sus sopandas antiguas tenia

un movimiento infernal: ninguno de los tres era muy grueso, pero el calor era mucho, fastidiosa la jornada, y así es que cuando llegamos al Carpio por la noche, sentí una agradable emoción al verme libre del continuo traqueteo del carruaje, y de no escuchar las campanillas de las mulas que en un camino largo acaban por relajar el tímpano, dejándolo por algún tiempo inservible.—El meson á que íbamos á parar no presentaba por cierto el aspecto más satisfactorio: de ancho patio pero de pocas habitaciones, se hallaba en aquel momento ocupado por varios personajes de distintas gerarquías.—Salió el mesonero, hombre gordo y rechoncho, como son todos los mesoneros desde Cervantes acá: nos recibió de mala manera porque era un manchego seriote y de mal gesto; pero al ver que traíamos provisiones y que nuestro aspecto indicaba gente acomodada, ablandó su ceño y encomendándonos á la sobrina, chica muy agradable por cierto para estar en tan mal sitio, se volvió al banco de herrador que á la derecha de la puerta se hallaba para continuar una partida de cané que con baraja algo graciosa y lustrosa seguía con algunos soldados. Metiéronse en un cuartucho las señoras y yo salí con mi hermano á ver el castillo morisco que domina el pueblo, en tanto que nos guisaban alguna cosa para satisfacer nuestro devorante apetito.—Cuando despues de media hora volvimos al meson, hallamos finalizado el juego, reunida la jente en el patio y haciendo calceta la linda sobrina ó criada cuya buena presencia en aquella casa me sorprendía; nosotros tocamos nuestros sombreros al entrar, y con un ¡salú caballeros! tomamos asiento en medio del carro.

Componiase este de algunos soldados del regimiento del Príncipe empleados en la persecucion de ladrones: de un sargento de anchos vigotes y mala catadura que mandaba la partida, de tres arrieros manchegos que hacían las mejores migas con el

mesonero su paisano, del herrador del pueblo, y de un hombre que por su facha y su vestido parecia medio aperador, medio contrabandista. Llevaba un sombrero serrano con ancha franja de terciopelo con cuatro borlas de hilillo, un chaleco negro y bordado, chaquetilla de majo de paño negro con flecos y bellotas de seda, un calzon de punto azulado con botoncillos de plata, botines jerezanos, espuelas en los zapatos, faja encarnada y en ella un cuchillo de monte con puño de marfil guarnecido de corales. Representaba unos treinta y cuatro años: su fisonomía era agradable y bien proporcionada, aunque el cutis estaba algo tostado por el sol: enormes y bien peinadas patillas sombreaban su cara, y su mirada aparentemente distraída examinaba con disimulo toda la gente que estaba al rededor. Yo no sé porqué, entre aquel grupo de gentes me llamó la atención aquel semblante: no sé si era la gallardía de su persona, que aunque pequeña de estatura tenía algo de decoro y dignidad, lo que me hacia fijarlo con frecuencia; pero de cuando en cuando le miraba y apartaba luego mis ojos de los suyos que se volvían hácia mí con una espresión burlona y dominante que me confundía.

¿Cómo va el ganado, tío Antonio? preguntó uno de los arrieros, volviéndose al herrador.—Muy mal, señó Cruzes; respondió el otro: no hay yerba y los animalitos se mueren de hambre: yo queria ir á Córdoba á vender algunas ovejas, pero diz que anda la gente por el camino y no es cosa de que le quiten á un probe los cuartos.

¿Hay rateros en el camino? preguntó con indiferencia mi hermano.—No señor, le replicó el sargento: hay una partida de ocho hombres que ha hecho muchos robos estos dias: vienen y se van como Pedro por su casa, y yo no puedo hacer nada porque me han de jado solo estos cuatro soldados que no quiero esponer á que los maten esos pícaros que se reúnen y se dispersan con mucha facilidad: además estan mejor montados

que estos muchachos y conocen todas las veredas. Pero á bien que ya viene el capitán con veinte hombres y entonces vamos á salir todos los días —¿Quién es el capitán? preguntó con viveza el majo de la faja y del cuchillo.—¡El capitán! respondió el sargento: un señor mas valiente que toito el mundo: ha estado tres años persiguiendo ladrones: se llama D. Roque Comares y conoce á José María.

—¡A José María! dijeron á la vez los arrieros y los soldados.—Sí señor, á José María, á quien ha visto muy de cerca, un día que á dos leguas de Écija se encontró con él; y ya le tenia agarrado cuando un pistoletazo del ladrón lo tiró en el suelo herido de un brazo: entonces era teniente de la primera del primero: por eso le hicieron capitán de la segunda.

—¿Y cuándo viene? preguntó con indiferencia afectada el majo que habia escuchado con la mayor atencion las palabras del sargento.—Desde las cuatro estoy esperándolo aquí por su órden: creo que no deberá tardar.—El majo se estremeció por un movimiento involuntario: giró sus ojos rápidamente al rededor de sí por ver si le habia observado alguien; y encontrando mis miradas, se puso á jugar con las borlas de su sombrero mientras se balanceaba en la silla.

—Bueno que está; replicó con mucha cachaza: veremos qué hace con tanto ladrón como anda por esos caminos: un hombre de bien que va á sus negocios tiene que esconder el dinero y caminar con el credo en la boca.—¿Qué hora es caballero, y vd. perdone? preguntó dirigiéndose á mi hermano.—«Van á dar las ocho.» respondió este sacando el magnífico reloj que heredó de mi padre, á quien se lo regaló un su primo que fue oidor en Méjico.—«¡Las ocho! pronto se va el tiempo.» y levantándose de la silla se preparaba á salir, cuando se escuchó el ruido de los caballos y casi al mismo tiempo se pre-

sentó con su partida el capitán D. Roque Comares.

—Buenas noches dé Dios á vds., caballeros! dijo el reciénvenido despues de dejar su caballo en manos de su asistente y mientras que sus soldados llevaban los suyos á la cuadra. Ha hecho un calor del demonio hoy: mentira me parecia que habia de llegar aquí. ¿Y qué hay de bueno, sargento Perez? ¿La gente, por dónde anda?

—Antes de ayer salió de Écija José María para reunirse con sus compañeros, pero el diablo sabe dónde está ahora.—¡De Écija! dijo el capitán con aire colérico, ¿qué les parece á vds., señores? Está uno persiguiendo á esos hombres noche y día y luego toman asilo en las ciudades donde encuentran mucha gente de su calaña que los oculta sin que ni corregidores ni alcaldes puedan dar con ellos. Despues dicen que no hacemos nada, que nos pasamos el tiempo en los mesones. ¡Caramba! la cabeza de José María vale dinero y él me ha de costear mi primer uniforme de comandante.

—Y hará vd. bien, señor capitán, replicó el majo con una sonrisa burlesca: no le suelte vd. si le pilla, porque dicen que es hombre astuto y atrevido: segun ha contado el sargento tienen vds. cuentas pendientes de resultados de un balazo ó qué sé yo cuántas cosas.

—Ya nos veremos, replicó D. Roque reparando por primera vez en la gallarda figura del majo que, inmóvil junto á una columna debajo del farol que alumbraba el patio, fumaba tranquilamente un cigarro de papel sin cuidarse al parecer de la conversacion. El resplandor de la luz llegaba á su semblante sin iluminarlo: cayendo desde arriba descomponia todas las facciones con la sombra del sombrero abultando su fisonomía. Parecióme sin embargo por un momento que le reconocia el capitán: una espresion de espanto pasó por sus ojos y volviéndose hácia el indiferente interlocutor le dijo con viveza: «¿Qué



viene vd. á hacer aquí? ¿quién es este hombre?» añadió con mas pausa dirigiéndose al mesonero.

—Un caminante, mi capitán, respondió con mesura el majo adelantándose al corro y tocando su sombrero: un caminante que conoce los caminos y aguarda la salida de esa tropa para pasar á su abrigo hácia Córdoba porque ya está escarmentado.

—Yo le conozco á vd. dijo D. Roque: en alguna parte nos hemos visto y su figura de vd. es sospechosa.—No es extraño: hace dos años estuvimos juntos en la feria de Mairena donde me ganó vd. al juego quince onzas como un ochavo. Tiene vd. muy buena suerte. Por lo demás ahí va mi pasaporte porque la gente honrada no teme que la conozcan.

El recuerdo agradable de las quince onzas ganadas ablandó seguramente la severa suspicacia del guapo capitán, porque apenas desdobló el pasaporte para leer el nombre de Juan Serrano, corredor de trigo, devolviéndoselo inmediatamente con un oportuno «vd. perdone» al tiempo que retorcia complacido su bigote negro y poblado.

Concha nos hizo avisar que estaba pronta la cena, y teniendo que salir á las dos de la madrugada para evitar el calor del día, saludamos á la reunion y nos metimos en nuestro cuarto. Al pasar por la puerta de la cuadra noté que en un rincón oscuro hablaba el Sr. Juan Serrano misteriosamente con la linda criada. ¡Amores de camino! me dije á mi mismo; y despues de hartar un hambre bastante regular, me tendí en un jergon para gozar de las delicias del sueño.

A la una y media vinieron á despertarnos y nos preparó el criado chocolate. Había luna y su luz clara y transparente alumbraba el patio: los arrieros dormían aun, pero no el corredor de trigo que ayudado del mesonero enjaezaba su caballo: era una jaca cordobesa de dos cuerpas, castaña y perfectamente proporcionada: los arreos eran baqueros pero ricos: al lado de una silla jerezana esta-

ba colgada una escopeta magnífica con abrazaderas de plata.

Me saludó con el sombrero y despues de haberle contestado trabamos conversacion—Tome vd. chocolate conmigo, le dije: el majo se resistía cortesmente, pero mi hermano que llegaba en aquel momento le instó tanto que se vió obligado al fin á aceptar nuestro convite. Mi hermano es un ente raro que habia simpatizado con Serrano desde el principio: pero el corredor, al tomar el chocolate con nosotros sufría evidentemente una contrariedad, una mortificacion que por política disimulaba.

¿Hay ladrones de aquí á Écija? preguntó mi cuñada con ansiedad.

—No sé, señora, respondió el corredor: sin embargo los caminos no están seguros, y viajar á estas horas y con tantas campanillas en las mulas, no es lo mas prudente por cierto.

—¡Bah! replicó mi hermano: José María está del otro lado y hace mucho tiempo que por el camino de Sevilla no sucede un lance—Pero, insistió Serrano, bueno es caminar con precaucion—Si yo pudiese, acompañaría á vds.; mas tengo que apartarme del camino. En fin creo que nos veremos pronto.

El corredor de trigo se levantó, saludó cortesmente á las señoras, me tendió la mano, le di un cigarro y nos separamos escelentes amigos. El mayoral cargó los cajoncillos y pequeneeces que llevan siempre las mujeres en los viajes: subimos al coche y á pocos momentos, al resplandor de una luna clara y templada, trotábamos en el camino de Écija. Ibamos hablando de la jente del meson y sobre todo del señor Serrano, cuya mezcla de enerjia y de finura no podia menos de llamarnos la curiosidad. Mi cuñada iba algo asustada, comentando sus misteriosos avisos: mi hermano decía que era un hombre muy campechano y cortés, y Antonia le encontraba mucha gracia y una figura agradable. Asi íbamos entreteniendo el tiempo hasta que empezó á amanecer. Concha miraba por la ventanilla y

se asustaba porque le parecía ver sombras lejanas entre los olivares—¡Si se moverán los olivos, niña! decía con cariñosa burla su marido.

De pronto gritó mi cuñada «¡ay Dios mío! ahí están» y se agarró de mí temblando. Era verdad ¡alot! gritó una voz desde fuera: detúvose el mayoral: yo saqué la cabeza por la portezuela y vi con espanto á la luz de la luna que nos rodeaba una partida de bandoleros que cacroleaban al rededor del coche. (1)

JUAN MANUEL DE AZARA.

Écija, febrero de 1841.

### CUENTAS ATRASADAS.

COMEDIA NUEVA DE DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS (2).

Ha dado al público su segunda comedia el Sr. Breton, y si bien en la primera pudimos notar pobreza jeneral en el argumento, no diremos otro tanto de la pieza que ahora nos ocupa. La intriga contiene mas enredo; en todas las escenas hay movimiento y vida: nuevos incidentes complican siempre la situacion de modo que el espectador no puede adivinar el desenlace. Este es sin duda un adelanto, porque en general las comedias del Sr. Breton no han brillado nunca por la riqueza de sus argumentos, ni la animacion de su artificio: la viveza en el diálogo, la gracia en la versificacion han sido las dotes que han realizado sus composiciones; á ellas debe el poeta su refutacion y ellas le han valido justa y universal fama. En las *cuentas atrasadas* hay cierta confusion que no embaraza ni fatiga la atencion de los oyentes; mérito tanto mas raro cuanto que todo el interés

es producido por un solo personaje, quien con su incesante actividad, con su afan sin término ocupa y enreda la situacion á cada instante, haciendo y desahaciendo alternativamente los nudos de la intriga.

Quisiéramos presentar á nuestros lectores un resumen del argumento; pero los estrechos límites de nuestro periódico no nos lo permiten: temeríamos, al compendiarlo con sobrada brevedad, desvirtuar su interés. Una hija de un dómine de pueblo, llamada Sebastiana Querol, pedante y rara, pero sensible y constante, viene á Madrid á buscar á un oficial que hace diez y siete años la sedujo abandonándola luego con una niña fruto de sus ilícitos amores. Los esfuerzos de esta mujer para encontrar á su amante infiel, las equivocaciones que nacen de la usurpacion de un nombre, las complicaciones que provienen de amores encontrados y de antiguos acontecimientos ocupan la comedia, en treteniendo agradablemente la atencion de los espectadores. Casi todas las escenas en que el enredo se desarrolla, hacen asomar la risa á los labios porque todos los personajes se ponen en ridículo, ya por su caracter, ya por la situacion en que se encuentran: en casi todas cita Sebastiana multitud de testos latinos ó esplica entre necedades Casimira su afan de matrimonio: pero al finalizar la comedia se eleva el interés: la hija del dómine aparece como madre solícita y generosa; y esta sublimidad del amor materno echa un velo sobre la desagradable tinta de pedanteria y mala educacion que forma el fondo de su carácter habitual. Si este contraste estuviese mas marcado, si ambos toques tuviesen la misma fuerza, ciertamente bastaba para llenar el argumento el caracter de Sebastiana: pero no es así: si en el desenlace aparece por un momento sublime la mujer abandonada, en cambio la vieja charladora y estravagante ha estado constantemente en una posicion sobrado ridícula que per-

(1) En el próximo número se dará la conclusion.

(2) Representada por primera vez el 6 de marzo de 1841.

judica al interés general y á la intencion del poeta.

En compendio tal es el asunto de esta pieza donde hay algunas escenas que causan el mayor efecto sobre el espectador. La escena novena del segundo acto, la séptima entre D. Pedro y la marquesa, la del coronel con D. Leoncio, y la de Sebastiana con Eulalia tienen un interés y una viveza cómica que hacen reir y sentir á la par á los oyentes. El desenlace es frio: despues de tantas complicaciones permanece Casimira en un estado equivoco, adoptada por D. Pedro, quien queda á su vez al lado de la marquesa ó para consolarla, ó para aplaudir en compañía á D. Leoncio y á Sebastiana. A pesar de la nobleza de caracter que manifiesta esta mujer, repugna su casamiento con un hombre sensato, porque el autor la ha recargado en los primeros actos de cualidades ridiculas, á placer con profusion: si hubiese sido mas económico en ciertos toques seria mas natural la generosidad de Monturjo: ¿por qué hacerla tan vieja vieja, tan mal educada y tan inverosimilmente pedante?—Otro tanto puede decirse de Casimira: ha creado el poeta un caracter tan estúpido y mezquino que hace incomprendible el amor del coronel y de D. Leoncio: la marquesa llora demasiado: D. Pedro Corvina es un personage de efecto, pero está á medio bosquejar.

La versificación de la pieza tiene movimiento y facilidad suma: lástima es que la multitud de citas latinas de Sebastiana traiga consigo rípios inevitables. El lenguaje y el estilo son el estilo y el lenguaje que acostumbra á usar el señor Breton de los Herreros; hay gracia y chispa en el diálogo, pero los términos no son de la mejor eleccion, aunque en este caso hay de por medio gente de buena crianza, pues tal debe suponerse en la marquesa, en su primo y en Monturjo. *¿Es mi honor algun troncho de col?* pregunta á la marquesa Sebastiana; y esta frase y algunos otros equívocos no acreditan el

buen gusto ni debieran hallarse en las producciones de un poeta tan justamente afamado como el señor Breton de los Herreros.

Al acabar la representacion, intentaron silvar algunos descontentos; pero el público ilustrado que habia permanecido indiferente hasta entonces y alguna vez habia reido de corazon con las sales de que está sembrada la comedia, protestó contra los injustos y parciales silvidos con generales y sentidos aplausos.

La pieza fué perfectamente ejecutada: trabajó bien el señor Romea: hizo admirablemente su papel la señora Llorente, y Matilde Diez estuvo inimitable en el suyo; parece imposible que se pueda comprender mejor un caracter difícil: parece imposible representarlo con mas gracia y naturalidad. Guzman tiene grandes recursos cómicos y ellos le sacan de apuro: lástima es que salga al teatro sin aprender su papel.

Las *cuentas atrasadas* gustaron medianamente: al señalar sus defectos no hacemos el papel de críticos porque espresamos solo lo que hace mucho tiempo dice el público: juzgamos ser sus intérpretes al notar las faltas de que adolecen las producciones del Sr. Breton: deseamos sinceramente que restaure su decaida popularidad, porque, apesar de sus lunares, le creemos siempre el primer poeta cómico de la moderna escena española.

LÚCULO.





## LA INCONSTANCIA.

Hora desciende el sol al Occidente,  
 y en la gigante sierra descansando  
 la inmensidad de su dorada frente,  
 y en raudales de fuego iluminando  
 del ancho mar las azuladas olas,  
 va con dolor los límites pasando  
 de sus queridas playas españolas.  
 Sobre otras enramadas y jardines,  
 va á destellar su lumbré bienhechora;  
 del Oriente los májicos confines  
 los pasos sienten de su roja aurora.  
 Del polo abrasador hasta la estrema  
 mística rejión del Septentrion helado,  
 descansa la magnífica diadema  
 del sol de su universo enamorado.  
 Y el mundo aunque á su luz vive y respira,  
 y de sus glorias por señor le aclama,  
 inconstante en su rumbo, se retira  
 del blando influjo de su ardiente llama;  
 y trueca por la noche, y por su duelo,  
 el grande amor de ese gran Rey del cielo.

Ved de la luna el faro misterioso,  
 á cuya luz el mundo se adormece,  
 entre sueños de amor y de esperanzas:  
 y contemplad que ese su disco hermoso  
 continuo mengua, y de continuo crece,  
 emblema hasta en su albor de sus mudanzas.

¡Cuán bella es sobre el mar, la luz perdida  
 de las blancas estrellas temblorosas,  
 cuando riela su lumbré, estremece  
 en las sonantes ondas bulliciosas:  
 y entre la blanca espuma salpicante,  
 que humilde besa el peñascal gigante,  
 sentir los melancólicos jemidos  
 de los serenos vientos, adormidos  
 entre las frescas conchas de esmeralda  
 que el mar semeja con su riza espalda!  
 Mas al verse ese mar tan majestuoso  
 y tan sublime en su feliz reposo,  
 por ostentar su extraño poderío,  
 presumió de pasar por mas grandioso  
 si alarde hacia del furor bravío.  
 Y cediendo á la voz de su inconstancia,  
 pidió á los vientos que inconstantes fuesen;

y los vientos lo fueron, con jactancia  
de que los oceanos se rindiesen.

El cierzo brama en el peñon desnudo,  
el noto audaz y el Aquilon violento  
con saña atroz y con impulso rudo  
arrebatan las ondas cienientas,  
que los mares indómitos cedian  
á los furiosos vientos que mujian,  
al abortar sus pálidas tormentas.

Montes de espuma, oscuros remolinos  
hasta el eter purísimo del cielo  
se abrieron en la lucha anchos caminos:  
tembló la faz del estendido suelo;  
el sol veló su macilenta lumbre;  
y en sus tumbos el mar sobre la playa,  
ufano con su hermosa pesadumbre,  
himnos de gozo á su inconstancia ensaya.

Recuerdo en este instante, la historia misteriosa  
de dos verdes palmeras, y quiéroosla contar:  
porque del seno mismo de la constancia hermosa  
veais la inconsecuencia sus alas desplegar.

«Una palmera jóven (refiere el fiel Pontano,  
«de Alfonso Rey de Nápoles, ilustre preceptor,  
«crecia en las llanuras de Brindis, y lejano,  
«su amante, otra palmera de Otranto entre el verdor.  
«Mostrábase ella esteril, y lánguida y marchita,  
«su juventud moria, sin dar fruto su flor;  
«y en sus ramajes bellos juzgábase maldita  
«del sazonado dátíl la celestial color.

«Una mañana alzando su majestuosa frente,  
«de flores coronada, sobre los bosques vió,  
«á mas de quince leguas, en la llanura, enfrente,  
«de Brindis la palmera que en vano idolatró.

«Al ondo de la tierra con su raiz clavada  
«sin alas que pudieran su corazon llevar  
«abajo la fertil sombra de su palmera ansiada,  
«al Céfiro le dijo con triste suspirar,

«*Lejos del bien que adoro desamorada muero;*  
«*O seca mis ramajes pomposos de verdor,*  
«*O dá pronto á mis flores el fruto ¡ay Dios! que espero,*  
«*porque es muerte la vida que pasa sin amor.*

«El Céfiro llorando con ella sus dolores,  
«voló hacia la palmera que al lejos vió crecer;  
«y el oro de sus ojas, y el polvo de sus flores  
«guardó en sus blancas alas con cándido placer.

«Y revolando ufano hasta el ramaje umbrio,  
«de la feliz palmera que aguarda con afan,  
«vertió sobre su tronco, el singular rocío

«en el que tantas glorias significadas ván.  
 «Sintiose un dulce estruendo en Brindis y en Otranto;  
 «dos bosques se ajitaron con lúbrico temblor :  
 «y la dichosa amante, su fruto de amaranto  
 «mostró por vez primera entre la tierna flor.»

Tal cuentan el misterio de Céfiro y de Flora ;  
 mas quien presumiria que emblema de tal fé,  
 fuese ese raudó Céfiro que asiste y enamora,  
 á cuantas lindas flores en los pensiles vé!

Ya pasa suspirando junto á la blanca rosa,  
 y prende de su cáliz un ay al resvalar ;  
 ya ajita entre sus brazos la madre selva airosa,  
 ó ya de la azucena quiere en la sien posar.

Ya rompe en sesgo jiro, el doble manto espeso  
 donde la fiel violeta recata su pudor :  
 ya clava estremecido un combulsivo beso  
 sobre la clavellina roja con su calor.

En fin todas las flores le ofrecen blanda cuna  
 al burlador amante que inconsecuente, infiel,  
 rie de su inconstancia, y cuenta que no hay una,  
 entre las flores toda, que se defiende de él.

Las aguas de ese arroyo pacíficas saltaban  
 Sobre el mullido cesped con ruido desigual :  
 y al peregrino errante la sed apaciguaban  
 del sofocante polvo de algun yermo arenal.

Llevólas su inconstancia á despeñarse en rios,  
 que amenos fecundaron, crecida poblacion :  
 cansadas de su curso, y con mayores brios,  
 pararon en torrentes de ruina y destruccion.

Por fin al mar entraron, pero aun allí mayores  
 fueron de su inconstancia las fuerzas á crecer ;  
 y á nubes aspiraron, y en forma de vapores  
 hasta el cenit treparon la atmósfera á envolver.

Mas ah! todo descende tan pronto como sube!  
 sobre un yermo escampio el turbion se rompió  
 y ni arroyo, ni rio, ni torrente, ni nube  
 nada fueron sus ondas, el sol las consumió.

Decidme, aun de esas aves ¿por qué la alegre tropa,  
 cuando las dulces brisas comienzan del abril,  
 viene á los altos bosques de nuestra rica Europa  
 á enamorar las aves de su feraz pensil?

Y luego sin curarse del cariñoso nido,  
 ni del columpio verde del sauce protector,  
 en que cantó sus dichas entre el placer perdido,  
 inconstante los huye por un clima mejor?

La tortola llorosa, con su clamor constante  
 que ajita de las selvas la triste soledad,

siendo su dulce arrullo tan hondo y penetrante,  
y el son de su querella tan lleno de bondad;  
¿por qué no nos conmueve como la voz sonora  
que escala en varios trinos del Delta el gran cantor?  
Porque es uno el lamento con que la triste llora,  
y es el mas inconstante cantando el ruiseñor.

Si de los bienes mayores  
que nos ofrece la tierra,  
ha de ser pension forzosa  
que tan inconstantes sean;  
acaso no son los males  
tan grandes como apezcan,  
por la razon de no ser  
los bienes como se sueñan!  
Que en fin á llorar sus cuitas  
el corazon no se niega:  
y aun la constancia en sentirlas  
le acostumbra á que las sienta;  
pues aunque no las repara  
el largo dolor que aqueja,  
el padecer de continuo,  
conduce á que menos duelan.  
Pero ceñirse hoy coronas  
sobre la frente soberbia,  
y oír mañana á las plantas  
el rumor de las cadenas:  
brindar hoy en el festin  
la colpa del dulce Nectar,  
y el cáliz de amarga hiel  
apurar la noche mesma;  
grabar con sangre en el alma  
de otra alma la imagen tierna,  
y al renacer de otra aurora,  
sentir que las sombras llevan  
el ídolo, destrozando  
el corazon en que lo era,  
ese es tormento mayor:  
y esa varia inconsecuencia  
desde la gloria al martirio,  
el suplicio que mas pesa!  
Porque del placer la luz  
cuando en el dolor refleja,  
enturbia sus rayos mas,  
y da mas hondas tinieblas,  
y nos duplica el sentido,  
y nos mengua la paciencia!  
Y hablándose de inconstancia,  
hablar del amor es fuerza,  
y en donde el amor preside

hablar de las damas bellas.  
Mas no temais que su nombre,  
en mis trovas desmerezca,  
que á la par de trovador,  
que soy galan se me acuerda;  
y hoy tienen muy de su parte  
la justicia y la defensa.  
En mal hora los que aclaman,  
contra su honor, y en su mengua,  
que en lo mudables parecen  
las damas á las veletas.  
Pensarán los muy menguados,  
que hubieron madres entre ellas;  
y que otro pago pedian  
sus maternales ternezas!  
Pensarán que sobre el mundo,  
acaso ni un hombre alienta  
que contando veinte eneros,  
no haya, al menos cuando sueña,  
soñado con la muger,  
como en un angel, que en vela  
por el valle de amarguras  
le ha de abrir fácil la senda!  
Si tan poca fé guardaron,  
guardarán mayor reserva,  
para profanar la fama,  
de quien débil se confiesa;  
y en querernos destruir  
nuestras hermosas creencias!  
Si yo creo en sus virtudes;  
Yo fio de sus promesas,  
que son para mi sagradas  
las que por amor se truecan.  
Yo vivo con sus recuerdos,  
sus esperanzas me alientan,  
y antes juzgo falte el sol,  
que esperanzas que son ciertas;  
y tal fio, porque sé  
que el ser noble á tanto empeña.  
Un corazon como el suyo  
en que el entusiasmo impera;  
tan tierno, como el suspiro  
que entre sus labios se quiebra:

tan grande como ese Dios  
que á su imagen se las crea:  
un pensamiento en que bulle  
la ilusión y la grandeza,  
no es trono en que pueda alzarse  
esa inconstancia proterva.

¡Algunas veces olvidan!

Acaso así, lo aparentan;

ó es acaso que no amaron,

y su desengaño encuentran.

¡Algunas veces nos venden!

Confíeselo quien lo sepa,

que yo en juzgar lo mejor

juzgo que hay mayor nobleza.

Mas aun dudándolo, entiendo

que las que acaso nos vendan,

á costa de una venganza,

la infelicidad se mercan!

¿Qué queréis? que aun desdeñadas

rindan el cuello en la arena,

y del carro del tirano

sucumban bajo las ruedas?

No que el imperio es igual!

No hay dominador; ni reinan

sobre el solio de amor

mas que unidas dos cabezas.

No es inconstante quien muere,

como ellas mueren de penas!

Si son pocas, estas sobran

para honrar á las que restan;

para hacer que en su obsequio

la sorda envidia enmudezca.

Respira, mujer, respira,

con orgullo y con soberbia;

pues yo sostengo que vales

mas que cuanto el orbe encierra.

Y no receles por débil

que mi acento no se sienta,

que la voz de la razon

todo el universo atruena.

G. ROMERO Y LARRAÑAGA.

## ALBUM.

TEATROS.—La compañía de ópera ha  
puesto en escena en el de la Cruz la *Norma*  
cuyo éxito ha sido nada mas que regular.

En el Príncipe se verificó anoche á bene-  
ficio de D. Florencio Romea el drama  
traducido del francés titulado *Lázaro ó*  
*el Pastor de Florencia*; en otro número  
diremos algo de esta produccion.

LICEO.—La sesion de competencia del  
domingo último destinada como primero  
de mes á los *juegos florales* fue mas con-  
currida que la anterior y no menos ani-  
mada, á pesar de que solo tomaron parte  
en ella las secciones de literatura, pin-  
tura y música. En su lugar insertamos  
la composicion de D. Gregorio Romero y  
Larrañaga que obtuvo el premio en el  
certamen del domingo anterior y por fal-  
ta de espacio no le dimos cabida en nues-  
tro número 5.

CONCIERTO.—La distinguida profesora  
de piano, Doña Rosario de los Hierros  
ha dado el lunes un concierto en los salo-  
nos del Liceo; la concurrencia aunque  
escasa hizo justicia al mérito de la artista  
prodigándole justos y merecidos aplausos.

PUBLICACIONES.—Acaba de salir á luz  
una leyenda de Ana Maria, traducida de  
la séptima edicion francesa por D. Euje-  
nio de Ochoa, cuyo título es el *Alma des-*  
*terrada*. Recomendamos su adquisi-  
cion á los amantes de esta clase de lec-  
tura no solo por el conocido mérito de la  
obra, sino por el esmero y elegancia con  
que está impresa.

Tenemos á la vista el prospecto de una  
obra titulada *la Isla de Cuba pintoresca*  
y si se realizan los ofrecimientos que el  
editor hace, no dudamos que será bene-  
volamente acogida del público. Constará  
de 12 entregas, con otras tantas lámi-  
nas, que principiarán á salir el primero  
de abril próximo á 4 rs. cada entrega en  
Madrid y 5 en las provincias.

DIRECTOR Y EDITOR,

FRANCISCO DE P. MELLADO.